

El campesinado libre y los temas

Roger Corbera Mestre's

Temario:

1. Introducción
2. La era justiniana
3. La dinastía heraclida y la reorganización del imperio.
4. Los stratiotas
5. La dinastía isauria
6. Las reformas de Nicéforo I
7. La dinastía armoriana o frigia
8. La dinastía macedonia
9. El estado bizantino a la deriva
10. La dinastía de los Comnenos
11. Bibliografía

*La vida del campesino es una vida honrada
dormimos desde la puesta de sol hasta su salida,
los dioses nos bendicen día tras día
¡que alegría, que alegría, haber nacido pobre!
Stan Sakai.*

1 Introducción

La historia económica del Bajo Imperio Romano y principios del Imperio Bizantino (siglos IV-VI) se caracteriza por la extensión y profundización de los procesos de servilismo y patronazgo como las principales formas de explotación agraria. Los ciudadanos, bien huyendo de las ciudades (deprimidas por la caída del comercio y la presión fiscal), bien buscando mayor protección en una época turbulenta, se colocaban bajo la protección de un terrateniente, que les aceptaba como colonos o siervos para trabajar en sus campos, garantizándoles seguridad.

En esta evolución se percibe la decadencia del pequeño campesinado y de la explotación esclava a gran escala, al mismo tiempo que se apercibe el germen de lo que será el feudalismo en la Europa medieval.

El Imperio Bizantino, librándose de algunos de los peores males que habían afectado a las viejas provincias occidentales de su imperio hermano de Roma (creación de reinos bárbaros, “ruralización” extrema y feudalismo) vivió a partir de 476 una historia económica singular y hasta cierto punto divergente de la del resto de sus vecinos.

2 La era justiniana

El periodo histórico que ocupan los reinados del emperador Justino I (518-527) y su famoso sucesor Justiniano I el Grande (527-565) se caracteriza por una mejoría de la situación económica, con la reactivación del comercio y de la industria en las grandes ciudades. Es de suponer que, de forma análoga a la Baja Edad Media, la necesidad de mano de obra en las urbes propiciaba que los siervos dejaran sus tierras para convertirse en burgueses o guerreros del ejército imperial.

Por ésta época, los lugares más ricos y prósperos del imperio eran la propia capital, Constantinopla (que llegó a tener la cifra récord de 500.000 habitantes), Alejandría, Antioquia (Siria) y Tesalónica. También las poblaciones secundarias mostraron un crecimiento inusitado, en una tendencia claramente inversa a la de Europa occidental, donde la gente abandonaba las ciudades, huyendo del pillaje y la destrucción que el vacío de autoridad había propiciado.

Desgraciadamente, las cosas empezaron a torcerse a finales del reinado de Justiniano I: en primer lugar la peste se extendió por todo el Imperio con inusitada virulencia, afectando primero las ciudades portuarias para luego propagarse por todas las diócesis y estratos del imperio. La peste causó una mortandad espantosa y nuevamente la población urbana reaccionó huyendo al campo en busca de aires más saludables (algo similar ocurriría siglos después, en tiempos de la Peste Negra, en Europa Occidental).

En segundo lugar, la presión fiscal aumentó considerablemente, alentada en parte por la necesidad de mantener los niveles de recaudación (téngase presente que, debido a la mortandad, la presión impositiva per cápita debía ser necesariamente mayor si se quería resguardar el nivel de ingresos tributarios). La política de Justiniano I fue siempre explotar a las provincias el máximo posible, pero sin llegar a desangrarlas, subiendo lentamente la recaudación. Funcionarios como Juan de Capadocia y el avaricioso Alejandro "el Tijeras" hicieron carrera exprimiendo Grecia y la recientemente recuperada Italia.

En tercer lugar, la quimera de Justiniano de recuperar el Imperio Romano de Occidente supuso el vaciamiento del tesoro. Las fuerzas regulares del Imperio estaban integradas en buena parte por mercenarios, por lo que se debió echar mano al erario para evitar que éstos acabaran saqueando las mismas provincias que debían proteger. En su afán de restaurar el imperio universal Justiniano llegó a desgarnecer las fronteras antiguas (particularmente las balcánicas) para continuar sus campañas expansionistas. Ello no pasó desapercibido para algunos enemigos externos, que aprovecharon la indefensión de los bizantinos para saquear a gusto tierras que antes les habían sido esquivas: los persas devastaron Antioquia en 544; y los búlgaros y eslavos empezaron sus redadas, llegando inclusive hasta las puertas de Constantinopla, que se salvó gracias a la intervención in extremis del viejo general Belisario.

Aunque las fuerzas imperiales todavía fueron capaces de castigar a los invasores a la muerte de Justiniano I (así los persas mordieron el polvo en Constantina en 580 ante Mauricio y los eslavos ante Prisco en 600), su mantenimiento era demasiado costoso para un Estado asediado por todas partes.

El emperador Mauricio (582-602) intentó tomar medidas para frenar el desorden creciente. Con esa finalidad convirtió las diócesis de Italia y África en exarcados, que no eran otra cosa que territorios en los que los poderes civil y militar se unían en la figura de un gobernador militar (exarca). La reorganización de los territorios buscaba solucionar los problemas administrativos y concentrar los recursos locales en la defensa.

Finalmente en 602, las tropas perdieron definitivamente la paciencia ante los sucesivos recortes en el presupuesto militar y la situación de guerra incesante. Tras recibir órdenes indeseadas del emperador Mauricio y debido retrasos en el pago de sus soldadas, los legionarios se rebelaron, matando al viejo Augusto y a sus hijos y entronizando a un centurión desconocido de nombre Focas (602-610).

3

La dinastía heraclida y la reorganización del imperio

El reinado de Focas se caracterizó por su crueldad y anarquía: las invasiones de ávaros y persas arrasaban las fronteras septentrionales y orientales, respectivamente, sin que el usurpador fuera capaz de tomar medidas eficaces. En Constantinopla y las costas del Egeo, entretanto, se agolpaban los campesinos fugitivos, procedentes del interior de los Balcanes, mientras que en Alejandría sucedía algo parecido con los refugiados sirios y palestinos.

La delicada situación eclosionó en la ciudad africana de Cartago, donde se organizó una expedición para quitar la diadema a Focas. Heraclio, hijo del exarca de África, terminó derrocando al centurión inepto pero su situación era desesperada: los salvajes ávaros dominaban los Balcanes hasta Grecia y los dorados persas eran amos de Egipto, Siria y Palestina.

Sin dejarse amedrentar, Heraclio puso manos a la obra en su afán por restaurar la autoridad imperial: su primera medida fue rebajar a la mitad el sueldo de los soldados: la media paga faltante debía ser compensada mediante el suministro de equipo, manutención y el forraje de los caballos. Aunque el recorte de las soldadas casi causa un motín (de hecho hubo uno en Italia), los soldados pronto se apercibieron de lo desesperado de la situación. Esta medida y un préstamo de la Iglesia le permitieron finalmente al basileus reorganizar un ejército suficiente para iniciar el contraataque.

En 620 Heraclio pasó a la ofensiva; en los siguientes siete años recuperaría todas las tierras perdidas en Oriente ante los persas y negociaría una paz con los ávaros. Según algunos historiadores fue en este período cuando Heraclio propició la creación de nuevas unidades administrativas y militares denominadas *themas*, erigiendo el primero de ellos en Armenia con el fin de proteger los pasos de los montes Tauro, aunque ésto es aún motivo de debate.

Con todo, la derrota de los sasánidas no vino a solucionar los problemas financieros: el tesoro persa no alcanzaba para aliviar las castigadas economías regionales, especialmente en aquellas provincias que habían padecido duramente las incursiones del rey de reyes. El licenciamiento de parte del ejército fue una medida necesaria pero insuficiente; para colmo de males, en Siria y Egipto, la secta de los monofisitas y los hebreos, que habían colaborado con el invasor persa a cambio de tolerancia religiosa, resistían el regreso de la ortodoxia intransigente.

En 635 los árabes, imbuidos de la nueva fe de Mahoma, se volvieron hacia el Norte y cayeron sobre los extenuados y desprevenidos imperios. Para el maltrecho estado Persa, el esfuerzo que supuso la desesperada resistencia fue demasiado y tras las derrotas de Qadisiya (637) y Nehawend (642) su estructura colapsó definitivamente. Para los bizantinos, en cambio, la irrupción de los árabes supuso una seria amputación de sus territorios: en tan solo seis años de campaña, todas las tierras ubicadas entre Armenia, al Norte, y Egipto, al Sur, cayeron en manos del Islam.

Heraclio sólo pudo mandar contra ellos un ejército de árabes aliados y tropas de guarnición, que poco pudieron hacer para contener la marejada. Fueron derrotados sin atenuantes en las riberas del Yarmuk (agosto de 636), un afluente del Jordán.

En los Balcanes, la situación también era apremiante. Ya en tiempos de Justiniano I había empezado el proceso de asentamiento de tribus eslavas y búlgaras al sur del limes del Danubio. En principio estas hordas se dedicaron al pillaje y al saqueo pero pronto, en vista de la debilidad de la defensa imperial, comenzaron a trasvasar las fronteras con sus familias y sus petates para establecerse en tierras romanas. A poco habían ocupado, bajo la mirada indiferente de los basileus, todos los Balcanes excepto las costas del Adriático y del Egeo y el área del Peloponeso, donde se acumuló la población helénica expulsada por ellos. El emperador Mauricio mandó a sus generales Prisco y Juan a desalojar a los eslavos de la zona del Mar Negro (594) pero la campaña, aunque militarmente exitosa, fue a la larga ineficaz.

La disminución de recursos forzó al gobierno central, exhausto a causa de tantos años de lucha, a aceptar el hecho consumado. Era mejor pactar que luchar y Heraclio lo entendió así cuando permitió a serbios y croatas establecerse en Dalmacia, como clientes.

En 641, con la muerte de Heraclio, su hijo Constante II (641-668) debió hacerse cargo de la pesada herencia. Hombre bien dotado para el gobierno pero con tendencias autoritarias, el nuevo emperador acometió el deber de proteger el Imperio con una política de reformulación administrativa que no era del todo original: la división de algunas antiguas provincias en *themas*, idea que ya Heraclio había llevado a la práctica en el distrito de Armenia, para defender sus accesos de las incursiones árabes.

La palabra *thema* es de etimología confusa, aunque al parecer significa "emplazamiento". La nueva unidad territorial estaba dirigida ahora por un *strategos* (gobernador) que reunía bajo su mando los poderes civil y militar de la región. Las tropas del *thema* no eran una guarnición permanente concebida según la antigua usanza. Por el contrario, estaban integradas por cuadros procedentes del campesinado libre, individuos que recibían un lote de tierra para trabajar a cambio de prestar servicio en la defensa de la provincia (*stratiotika ktematika*). Había pues una mutación en la naturaleza de las fuerzas armadas bizantinas: los guerreros profesionales de Justiniano pasaban a ser campesinos/soldados adscritos al campo, como campesinos libres.

La dimensión del terreno que recibían los *stratiotas* o soldados campesinos se medía en relación a si debían proveer un soldado de caballería o de infantería. Este "pago en especie" no eximía al Estado de retribuir los servicios, pero ahora esto se hacía sólo durante la época en que los soldados estuvieran en campaña. Con esta medida el Imperio consiguió solucionar dos problemas: en primer lugar erradicar el déficit crónico que causaba el presupuesto castrense (se calcula que el gasto militar llegó a reducirse prácticamente a la mitad) y, en segundo, remediar un tanto la falta de

mano de obra que afectaba al campo tras la plaga de los tiempos justinianos, instalando soldados como campesinos o exportando colonos extranjeros.

La nueva organización del Imperio sin duda contribuyó a una mejor defensa: en 658 Constante II obligó a los eslavos de Macedonia a reconocer su soberanía. Luego, en 670, Constantino IV (668-685) rechazó un ataque árabe a Constantinopla y en 695 Justiniano II (685-695 y 705-711) inició con éxito la recuperación de los Balcanes limpiando la Vía Egnatia entre la capital y el gran puerto de Salónica. Esta expedición tuvo un efecto colateral: permitió el establecimiento de un gran número de prisioneros eslavos en el *thema* de Opsikion (antiguas provincias de Bitinia y Helesponto) en calidad de *stratiotas*. La medida de Justiniano II fue repetida posteriormente para repoblar otras zonas deshabitadas: así hubo traslados de chipriotas a Cyzico para paliar la devastación árabe de 670 y de mardaitas al *thema* naval de Cybirriotas. Ambas deportaciones tuvieron como objetivo adicional el proporcionar marinos a las flotas locales de estas regiones.

Dicha política de colonización, aunque aportaba nuevos ingresos al tesoro en forma de impuestos y permitía reforzar las defensas, se realizaba con un gran sacrificio humano para los afectados, obligados a la fuerza a dejar sus tierras para instalarse en lejanas regiones. Sin duda la impopularidad de tales medidas contribuyó a la caída de Justiniano II y al fin de la dinastía heraclida (610-711).

4 Los *stratiotas*

El costo del equipo del *stratiota* o soldado-campesino corría por cuenta de éste y solía ser sufragado a través de su reducida paga (Heraclio redujo el sueldo de los soldados a la mitad y lo mismo hizo Constante II). Para satisfacer esta demanda, se crearon una serie de almacenes estatales que contaban con tales servicios.

Esta cadena de centros de aprovisionamiento, dirigidos por los *comerciarii*, no proporcionaba sólo armas y pertrechos, sino también bienes de uso agrario y cotidiano (aperos, semillas, arreos) e incluso artículos de lujo (oro, seda y esclavos). Los bienes se podían adquirir pagando su valor en metálico o en especie. La existencia de tales centros suponía claramente un intento de reactivar el intercambio mercantil en las provincias, debilitado por la reducción territorial del Imperio y por la falta de moneda corriente. Las actividades estaban gravadas en un diez por ciento en base a impuestos sobre el comercio.

Los almacenes estatales funcionaban principalmente mediante el trueque, permitiendo así a los campesinos conseguir o vender bienes difíciles de obtener por otro modo. Ello sin embargo provocó una disminución del comercio terrestre de productos agrícolas, por la dificultad en el transporte y almacenaje, mucho más complicado que el traslado de capital.

Los soldados de los *themata* (regimientos de cada thema) estaban obligados a ceñirse las armas siempre que un enemigo invadiera su provincia. Entonces tenían que reunirse en las sedes del gobierno local a caballo y llevando su equipo para ponerse a las órdenes del strategos o gobernador o del oficial subalterno que lo reemplazase, por el término que durara el conflicto.

Las obligaciones militares de los stratiotas se transmitían del padre al hijo primogénito, quien heredaba las tierras al mismo tiempo que las cargas de su progenitor. Los hijos restantes podían recibir el rezago del patrimonio familiar y convertirse en campesinos libres a su vez.

Por otra parte, los stratiotas no estaban limitados únicamente a la defensa de los themas, sino que podían ser llamados a campañas extranjeras o lejos de su provincia. En todo caso estos soldados se sentían más motivados a defender sus hogares y campos que las tierras extrañas, y en ocasiones eran más leales a sus propios generales que al emperador.

La instauración de esta clase de pequeños campesinos libres y minifundistas tuvo un importante efecto sobre la sociedad bizantina al impedir una feudalización excesiva. Los gobernadores de los thema eran nombrados por el poder central y los stratiotas recibían sus tierras también directamente de éste último. Por lo tanto, al contrario de lo que sucedía en los reinos de Occidente, la distribución de la tierra estaba aquí fuertemente legislada por el Estado. Aunque siguieron existiendo labradores en situación de servidumbre, atados en consecuencia a los campos de los terratenientes, su difusión no era ni de lejos parecida a la situación que se vivía en Europa occidental.

En relación al grupo que ocupaba la base de la pirámide social, es decir, los esclavos, hay que referir que, si bien esta institución siguió existiendo hasta los últimos años del Imperio, su última fase de expansión tuvo lugar bajo Justiniano I. Tras él su número disminuyó paulatinamente sin llegar nunca a recobrar su pasada importancia.

La segunda consecuencia de la instauración de soldados campesinos fue establecer una nueva concepción geoestratégica en la defensa del imperio. En otros tiempos, el limes (frontera) había sido la valla infranqueable donde se estrellaban las invasiones bárbaras; posteriormente este concepto evolucionó hacia una defensa en profundidad, con la distinción entre limitanei (guardias de frontera) y comitanei (tropas de segunda línea). Con los themas, esta evolución del concepto de defensa fue llevada al extremo: todas las provincias pasaban a ser consideradas susceptibles de ser invadidas. El stratiota se convirtió entonces en la herramienta ideal para la defensa local. Este cambio revolucionario suponía además que un territorio o thema podía ser saqueado por el enemigo, pero difícilmente conquistado.

Conscientes del papel trascendental de los stratiotas, el gobierno central les recompensaba con un tratamiento fiscal preferente, comparado con el de los civiles no

adscritos a bienes militares. Del pago de los tributos se ocupaba la aldea (*khoria*) como entidad administrativa. Durante el mandato de Nicéforo I se instauró la práctica de obligar solidariamente a todos los miembros de la misma a pagar los impuestos de los vecinos insolventes. Posteriormente esta obligación se extendió también a los poderosos vinculados a la aldea.

En todo caso la adopción de este régimen no fue inmediata; cargos civiles como el prefecto o el procónsul de la provincia se conservaron hasta finales del siglo VII, y la ordenación y clasificación definitiva de las provincias no cuajaría completamente hasta los siglos VIII y IX. Hasta entonces, la división *thematica* no fue efectiva en todo el imperio, limitándose a Asia Menor.

Asimismo, el gran latifundio agrario, dirigido por terratenientes afincados plácidamente en las grandes ciudades, se mantuvo como una amenaza constante a lo largo de todo el periodo. Es evidente que por motivos prácticos, al emperador le interesaba más apoyarse en los *stratiotas* que en una nobleza que con el tiempo podía llegar a discutir su autoridad. Es en este tipo de haciendas es donde encontramos a los *pareikos*, labradores adscritos a la tierra que trabajan. Aunque muchos autores han visto en ellos un equivalente a los siervos medievales, recientes estudios nos hacen suponer que su situación no era tan extrema: según parece pagaban sus impuestos a través de terceros (el terrateniente). Asimismo, pese a estar atados a la tierra que trabajaban, su estatus era similar al de un mero arrendatario, pues no podían ser expulsados mientras pagaran las rentas e incluso, pasados treinta años, podían adquirir los fundos.

La nueva clase social poseedora de estos grandes latifundios, tenía poco que ver con aquella vieja camarilla cortesana de los siglos V-VI, famosa por su nivel cultural, que, sin desaparecer completamente, fue diezmada por Focas, Justiniano II y León III. Ahora los poderosos aristócratas o *dunatoi* provenían de la casta militar instalada en los *themas*, recompensada con prebendas según su historial bélico y atada a la defensa de las fronteras. Eran frecuentemente de origen extranjero (sobre todo armenio). Con ellos, se afirmó el carácter militar de la clase alta bizantina.

5

La dinastía isauria

Habiendo superado la grave crisis del siglo VII y numerosas revueltas a principios del siglo VIII, el Imperio inició una nueva era, caracterizada en política interior por el conflicto iconoclasta y el afianzamiento del sistema temático y, en su política exterior, por la continuación de la lucha contra los árabes y los eslavos, ahora en circunstancias mucho más favorables que las vigentes en el siglo VII.

La administración y la sociedad tuvieron que ajustarse a un tamaño mucho menor. La pérdida de Siria y Egipto, así como la plaga del siglo VI habían privado al

Imperio de dos grandes metrópolis (Antioquia y Alejandría) y despoblado las ciudades respectivamente, con la consiguiente reducción del comercio y el declive de la artesanía. Se calcula que Bizancio perdió la mitad de su población y cerca de dos tercios de su territorio en esa época.

No obstante, la difusión de los *themas* favoreció la aparición de capitales provinciales, que los *dunatoi* escogieron como residencia. Por otra parte, las constantes incursiones de árabes y búlgaros motivaron la construcción de murallas alrededor de algunas ciudades y la reducción de otras a un tamaño más defendible.

Un efecto secundario de la transformación del anterior ejército mercenario de Justiniano I a la milicia de campesinos-soldados de sus sucesores fue la disminución de la moneda corriente. Dado que las cargas correspondientes a soldadas se redujeron gracias a la "thematización" de las tropas, que ahora recibían el sustento de los bienes militares, el comercio se resintió por la disminución de circulante.

Asimismo, la pérdida de los graneros de Egipto a manos de los árabes, motivó un traslado de los centros de aprovisionamiento a Tracia y Macedonia. Se cree que en esa época se extendió el cultivo del grano duro, más apto para el clima de los Balcanes frente al grano blando tradicional. Las campañas contra los eslavos de León III el Isaurio (717-741), Constantino V (741-775) e Irene (797-802) consiguieron recuperar Tracia para el Imperio, refundándose la ciudad de Adrianópolis como fortaleza clave del territorio.

La dinastía isáurica o siríaca supuso en política interior una continuación en líneas generales de la política de los heráclidas: consolidación del sistema temático y lucha encarnizada contra los invasores del Este y el oeste. Las guerras civiles de 711-715, que dieron nacimiento a la dinastía, pusieron de manifiesto los defectos inherentes a los contingentes temáticos. En muchos casos demostraron ser más leales a sus estrategias que al propio emperador y, a menudo, les desagradaba la idea de emprender campañas en el exterior.

Los emperadores isáuricos (especialmente León III y Constantino V) reorganizaron los *themas* y emprendieron políticas de colonización de zonas despobladas: así León dividió el gran *thema* de Opsikion, tradicionalmente cuna de rebeliones, en varias unidades menores. Por su parte, Constantino V Coprónimo aprovechó sus campañas victoriosas para repoblar Bitinia con miles de eslavos y Tracia con armenios y prisioneros obtenidos en la alta Mesopotamia.

La instauración de los *themas*, especialmente en las fronteras, contribuyó a que Asia Menor se convirtiera con el paso del tiempo en un área segura de incursiones (por lo menos hasta la llegada de los piratas árabes a Creta). En las zonas fronterizas del Asia Menor oriental, la mejor fortificación de las ciudades y la organización de las tropas temáticas permitió que las razias fueran cada vez menos rentables y más costosas para el califato. Esto contribuyó, a largo plazo, a mejorar la demografía y la agricultura del imperio.

6

Las reformas de Nicéforo I

En el año 802, una conjura palaciega expulsó del trono a la emperatriz Irene, poniendo en su lugar el antiguo logotheta (ministro) Nicéforo I (802-811). El nuevo emperador se encontró con una situación financiera difícil, fruto de la inoperancia de su antecesor, quien para intentar mantenerse en el poder, había reducido los impuestos a ciertos sectores (especialmente a la iglesia) y eliminado los aranceles aduaneros de Constantinopla.

Nicéforo actuó inteligentemente anulando las medidas de Irene y estableciendo nuevas. Bajo su reinado se instauró una nueva base tributaria para todos los súbditos, aumentando los impuestos en comparación con las antiguas cotizaciones y exigiendo el pago de un derecho de dos *keratias* (al parecer por nomisma, lo que significa un 8,33%) para el registro en la lista de contribuciones. Bajo el reinado de Nicéforo se hizo también el primer censo de la población del Imperio desde 733.

Los *pareikos* (siervos) de los monasterios e iglesias así como las instituciones benéficas (especialmente numerosas en Bizancio), que se habían beneficiado de la prodigalidad de Irene, fueron gravados por el *bogage*. Éste era una capitación por cabeza que se convirtió en el impuesto más importante del Imperio Bizantino medio, juntamente con la contribución territorial. No era una innovación, pues ya existía anteriormente, pero seguramente durante Irene los *pareikos* de la iglesia habían estado exentos de él.

Nicéforo continuó la política de traslados de población de sus antecesores, obligando a parte de la población de Asia Menor a instalarse en las "Sclavinias", o zonas pobladas por los eslavos. El interés del emperador por los Balcanes quedó demostrado con la creación del nuevo thema del Peloponeso, que tuvo lugar tras la victoria de Patras en 809. Comenzaba con su establecimiento el proceso de rehelenización de Grecia tras dos siglos de dominio eslavo. Dirraquio y Salónica, los dos principales puntos de apoyo en los Balcanes fueron también convertidos en *themas*. Las conquistas de Nicéforo (y posteriormente de Teófilo) permitieron a Tesalia y Tracia recuperar su antigua prosperidad y convertirse de nuevo en el granero del imperio. Allí se estableció una aristocracia de importancia creciente, con tierras en el campo y residencia en la ciudad, compuesta en su mayoría por funcionarios civiles activos o retirados. Sin embargo, la batalla de Pliska, en 811, donde murió el propio emperador a manos de los búlgaros, señaló el punto de inflexión de la obra restauradora en los Balcanes.

7

La dinastía armoriana o frigia

Tras los reinados de Miguel I Rangabé (811-813) y León V el Armenio (813-820), se inició con Miguel II la dinastía armoriana o frigia.

En un principio, la situación no fue muy favorable para el nuevo emperador: a las incursiones de eslavos y búlgaros se sumó una revolución interior dirigida por Tomás el Esclavo. Este general renegado supo atraer a su lado a los elementos más desfavorecidos de la sociedad, a los que prometió liberar de sus miserias y al bando iconódulo, que pretendía restablecer el culto de las imágenes. Tras tres años de feroz guerra civil, Tomás fue reducido y su rebelión sojuzgada, pero el precio de la paz tuvo como contrapartida la ruina de Tracia y Asia Menor, que quedaron devastadas por los saqueos y combates.

El sucesor de Miguel II el Tartamudo, Teófilo el Justo (829-842) fue una de las personalidades más interesantes de Bizancio. Al igual que Nicéforo I, Teófilo era mejor administrador que soldado, y como Justiniano I, tuvo la suerte de encontrar el erario bien provisto, gracias a la austeridad de sus antecesores y al crecimiento económico que había experimentado el imperio durante los últimos años.

En 835, tal vez inspirado por sus visitas a los mercados de la capital, Teófilo inició la emisión de monedas de cobre (habitualmente empleadas para el pequeño comercio y los intercambios cotidianos) con un valor seis veces superior a las anteriores. Esto suponía una ventaja para el gobierno, puesto que permitía cambiarlas por oro a una proporción favorable para él.

Teófilo también lanzó una emisión de monedas de oro (nomismata) para mejorar la paga de los soldados: el sueldo anterior de cinco nomismata por año fue subido ahora a un nomismata anual por año de servicio hasta un máximo de doce. Esto permitió mejorar tanto el equipamiento como la moral de los stratiotas, por lo que en los años siguientes las rebeliones militares prácticamente cesaron.

Ambas emisiones de moneda (tanto la de oro como la de cobre) redundaron en una expansión del comercio y de la economía. Se calcula que a la muerte de Teófilo en 842 había en el tesoro siete millones de nomismata, que su viuda y sucesora Teodora aumentó hasta 7.8 millones.

Durante el reinado de Teófilo se mejoró la situación defensiva en la frontera del Tauro mediante la creación de una nueva subdivisión de los *themas*, los distritos *cleisurae* ("*pasos de montaña*"). En estos distritos y en la ampliación de otros antiguos se distribuyeron cerca de 30.000 desertores persas del Califato de Bagdad, con lo que el ejército aumentó en un sexto su número. También en esta época (836) miles de bizantinos nacidos en territorio búlgaro decidieron desertar y pasarse al Imperio, siendo establecidos como stratiotas. Entre ellos estaba el futuro emperador Basilio I el Macedonio (867-886).

Tras la regencia de Teodora (842-858) subió al poder el hijo de Teófilo, Miguel III el Boedo (842-867). Juerguista consumado y administrador ineficiente, el nuevo

basileus dilapidó muy pronto el tesoro imperial en diversiones y regalos destinados a sus acólitos, hasta el punto que tuvo que vender los adornos de oro del palacio para pagar al ejército en 856. Finalmente, uno de sus favoritos, Basilio el Macedonio, lo asesinó.

8

La dinastía macedonia

Basilio I el Macedonio se encontró con una situación financiera difícil a poco de hacerse con el poder. Se calcula que para el momento de su coronación, el tesoro había descendido a tan solo 100.000 nomismata. Pero el inquieto soberano solucionó el problema pagando su donativo de ascenso al trono de su propio bolsillo y obligando a todos los amigos y secuaces de su antecesor a devolver los regalos recibidos. Ello le permitió restablecer las arcas en niveles mucho más acordes con la situación política reinante, recuperando cerca de 4.300.000 nomismata. Luego mantuvo una prudente política económica para evitar la aparición de nuevos apremios financieros.

León VI el Sabio (886-912), su sucesor, culminó mediante una extensa obra legislativa la configuración de la organización de los *themas*: se suprimió el *procónsul* de la provincia, último vestigio del sistema de Diocleciano y Constantino I. También muchas circunscripciones militares más pequeñas del tipo *arcontados*, *ducados*, *cleisourai*, etc., fueron elevadas poco a poco a la categoría de *themas*.

Junto con la consolidación del poder imperial y de un importante aparato cortesano y burocrático, se puso de manifiesto el crecimiento de la aristocracia bizantina. Las leyes de León VI levantaron las antiguas disposiciones justinianas que prohibían a los funcionarios la adquisición de bienes durante el ejercicio de su cargo, como así también la aceptación de herencias y donaciones sin consentimiento del emperador tanto para los funcionarios capitalinos como para los de las provincias. En cambio, para los *estrategas* de los *themas*, las disposiciones se mantuvieron sin modificaciones.

Una ley posterior de León VI abolió además el derecho de preferencia de los vecinos respecto a la venta de pequeñas propiedades, limitándolo a seis meses. Ésto favoreció el proceso de creación de grandes latifundios, contra los cuales los sucesores de León batallarían continuamente.

En 921 asumió la regencia del adolescente Constantino VII Porfirogeneta (913-959, único emperador 944-959) el almirante Romano I Lecapeno (919-944), un soberano competente que supo vislumbrar los riesgos de su tiempo en el crecimiento desmedido del poder de los *terratenientes*. Las plagas de langosta y las consiguientes hambrunas de los años 627 y 628 en Asia Menor forzaron a muchos campesinos libres, faltos de reservas para superar la crisis, a vender sus tierras a bajo precio a los poderosos, convirtiéndose así en *siervos* (*pareikos*). "*La pequeña propiedad aporta*

grandes beneficios mediante el pago de impuestos y la prestación de servicio militar; estas ventajas desaparecen cuando disminuye el número de pequeños propietarios" afirmó el propio emperador.

Para evitar la desaparición de los *stratiotas*, Romano I publicó una *Novella* en abril de 922 en la que, en primer lugar, restablecía el derecho de preferencia de los parientes de un campesino a la hora de vender éste sus propiedades, disposición que fuera suprimida por León VI el Filósofo.

Asimismo, para el caso de venta y arrendamientos, se establecía el siguiente orden de preferencia:

- 1- Los parientes copropietarios.
- 2- Los demás copropietarios.
- 3- Los propietarios de parcelas mezcladas con la propiedad a vender.
- 4- Los vecinos que entregaban las tasas en común.
- 5- Los demás vecinos.
- 6- Los otros extraños. Los poderosos sólo podían adquirir la propiedad o el arrendamiento de tierras de labranza si poseían fincas en las aldeas en cuestión.

Además, los latifundistas tampoco podían aceptar donaciones y herencias de los pobres a menos que estuvieran emparentados con ellos.

No obstante esta legislación, las calamidades de 927-928 provocaron que muchos campesinos vendieran sus tierras a precios irrisorios o simplemente a cambio de dinero para pasar el frío invierno. Indignado ante la actitud de los ricos, que se mostraban "más despiadados que el hambre y las epidemias", el emperador dictó una nueva *Novella* en septiembre de 934. Por ella se ordenaba la restitución sin compensación alguna a los anteriores propietarios de todos los bienes por los que se hubiera pagado menos de la mitad del precio justo. Si el precio era el correcto, se debían restituir igualmente los bienes, pero el campesino debía devolverle la cantidad en tres años. También se invalidaron todas las donaciones y herencias recibidas por los poderosos de los pobres a menos que fueran parientes.

Pese a la buena intención de esta *Novella*, su resultado fue dispar: en primer lugar, era poco probable que un campesino al que el hambre había obligado a vender su tierra, pudiera devolver su precio en tres años. Luego estaba el asunto de las transferencias ilegales: muchas adquisiciones eran realizadas injustamente por aquellos mismos funcionarios que debían velar por la aplicación de la ley, sin mencionar que en la mayoría de los casos tales agentes formaban parte de la clase nobiliaria que se oponía ideológicamente al poder central. Y lo que era aún peor, los propios campesinos estaban más interesados en ponerse bajo la protección de algún poderoso señor que seguir afrontando como propietarios libres la grave carga impositiva y las obligaciones militares que implicaba el ser *stratiota*, llegando incluso al extremo de regalar sus propiedades.

El sucesor de Romano I, Constantino VII Porfirogeneta, también legisló en el mismo sentido. Una Novella dictada por inspiración de su ministro Teodoro el Decapólites establecía que los bienes militares de los que los stratiotas sacaban su sustento eran inalienables. Asimismo se les ponía un valor mínimo de cuatro libras de oro para los soldados de caballería y de dos para los marineros. Tales bienes sólo eran vendibles en la parte que superara dicho valor mínimo.

Los bienes militares eran transmisibles por herencia, a condición de que los herederos respondieran conjuntamente por la obligación de prestar servicio militar. La prescripción para la propiedad incontestada de un bien militar era de cuarenta años.

La ley de Romano I Lecapeno por la cual los bienes injustamente adquiridos debían devolverse se aplicó ahora con mayor rigor. Se llegó incluso a que en caso de no poder recibirlos el propietario principal los mismos fueran devueltos a los parientes hasta el sexto grado, a aquellos que habían de prestar servicio conjuntamente con el antiguo propietario o a los stratiotas más pobres que pagaban los impuestos colectivos con él y, en último lugar, a los campesinos pertenecientes a la misma comunidad rural.

En una Novella de 952, Constantino VII estableció además que los bienes vendidos después de iniciarse su reinado (pero adquiridos durante los años de hambruna comprendidos entre 927 y 928) en solitario debían restituirse sin indemnización en caso de compradores de buena fe, quienes debían afrontar, sin embargo, una multa.

Con la llegada al poder de Nicéforo II Focas (963-969), un representante de las familias terratenientes, esta legislación contra el proceso de feudalización sufrió un retroceso. Nicéforo, en una Novella de 967, retiró a los pobres el derecho de preferencia en el caso de venta de los bienes de los poderosos, cancelando además las reclamaciones de campesinos sobre compras de tierras realizadas durante 927-928.

Por otra parte, Nicéforo II también procuró consolidar y aumentar los bienes de los stratiotas estableciendo una nueva categoría de soldados de caballería con tierras por valor de doce libras de oro. Estos bienes militares no podían venderse excepto en la parte que sobrepasaba esta cantidad, las vendas inferiores debían reembolsarse. Esta medida tenía por finalidad suministrar al ejército una fuerza de caballería pesada (catafractarios), apta para nuevas conquistas en el Este, siguiendo una corriente ya empezada con León VI.

En realidad, ésta medida sólo sirvió para reforzar la pequeña nobleza de formación reciente y origen militar. Asimismo, era frecuente que por cada catafractario que estuviera en campaña, dos se quedaran en casa proporcionándole equipo y manutención. La consecuencia inmediata fue que el ejército bizantino sacrificó número por calidad.

Nicéforo II también legisló contra el aumento de las propiedades eclesiásticas y monásticas. Afirmando que los monjes que se dedicaban a acumular bienes convertían

la vida monacal en “*un espectáculo vano y deshonoroso para el nombre de Cristo*”, dispuso la suspensión de todas aquellas donaciones que tuvieran como beneficiario a la Iglesia. De igual modo prohibió la fundación de nuevos monasterios e instituciones eclesiásticas. Se podían hacer donaciones con fines piadosos, pero sólo en metálico. La creación de ermitas (*laurai*) en tierras baldías, en cambio, se consideraba algo digno de elogio.

La guerra incesante de Nicéforo II contra los árabes tuvo un efecto adverso sobre la economía estatal, provocando una devaluación de la moneda y un encarecimiento del nivel de vida. En estas circunstancias, el emperador fue ejecutado y subió al poder Juan I Tzimiscés (969-976).

El nuevo basileus se distanció de la política agraria de su antecesor: ordenó a los funcionarios inspeccionar en los *themas* las propiedades eclesiásticas y, en caso de encontrar en ellas *pareikos* que antaño fueron *stratiotas*, debían devolverlos a sus antiguos terrenos convertidos en *pareikos* del Estado (*demoisarios* que pagaban directamente al Estado y no a través de la aldea).

Con Basilio II Bulgaróctonos (976- 1025), el más importante de los emperadores de la dinastía macedonia, continuó la pugna entre el poder central y los latifundistas. En una *Novella* de 996, el emperador alude expresamente a las familias de los Focas y los Maleinoi como aristócratas que han conseguido un poder excesivo. Para limitarlo, se determina que todas las adquisiciones hechas por los poderosos sobre los pobres desde el reinado de su bisabuelo Romano Lecapeno, debían restituirse gratuitamente a los anteriores propietarios. Sin embargo no existe ninguna prescripción frente al fisco; según Basilio II, el derecho de evicción del Estado se remonta a la época de Augusto, primer emperador de los romanos.

Existen varios ejemplos del recelo del Bulgaróctonos hacia los poderosos: el más claro tuvo lugar cuando desposeyó de sus tierras a Eustacio, miembro de la importante familia de los Maleinos de Capadocia. Hizo lo mismo con Filocales, un antiguo campesino convertido en propietario de la *khoria*, de la que antes había sido miembro gracias a la compra a bajo precio de las tierras de sus vecinos necesitados.

Poco después, evocando la práctica del pago solidario de impuestos, se obligó a los ricos a pagar el *allelengyon* de los pobres (contribuciones pendientes), que antes había recaído en la espalda de los vecinos. Esta medida fue decisiva para reducir el poder de los aristócratas y aliviar la presión fiscal sobre los campesinos, permitiendo también un mayor ingreso en el Tesoro.

Basilio II también actuó contra la codicia de la Iglesia: los monasterios establecidos en las aldeas gracias a las donaciones de los campesinos fueron considerados como casas de oración sometidos a la aldea y, como tales, no debían pagar los impuestos al obispo. A los monasterios con más de ocho miembros, en cambio, se les permitió seguir sometidos a la jerarquía, pero ya no podían poseer terrenos.

Esta política enemistó a Basilio II con la clase alta, dirigida por el patriarca Sergio, pero al emperador, curtido por años de guerra civil contra los poderosos *dunatoi* asiáticos, la oposición de la Iglesia no le importó. Murió en 1025 sólo y sin hijos ni sucesores aptos para continuar su brillante obra.

La dinastía macedonia permitió asegurar la estabilidad del imperio a fuerza de establecer unas fronteras bien definidas: en el Oeste, la conquista de Bulgaria abrió un nuevo campo de colonización para los campesinos griegos, mientras el protectorado de Dalmacia y la república de Venecia se distanciaban cada vez más. En el Este, los *themas* de Mesopotamia y el Eúfrates, aunque eran pequeños y de baja densidad demográfica, fueron capaces de contener las incursiones turcas. La llanura anatólica, si bien se benefició de esta protección, siguió siendo una zona relativamente despoblada y algo agreste, dominada por grandes familias de terratenientes como los Scleros y los Focas.

En el noreste, entretanto, el país de Armenia sucumbió lentamente al poderío militar bizantino, aunque su resistencia fue encarnizada. Los armenios, con una gran tradición guerrera y viviendo en una región pobre, fueron finalmente sometidos hacia 1045. Hasta entonces, su historia se había entrelazado con la del imperio que los conquistaba al punto de haberle dado algunos de los mejores soldados, generales y hasta emperadores.

En el Sureste, a su vez, la fértil franja costera de Cilicia y el norte de Siria, que habían sido objeto de deportaciones recibieron la inmigración de colonos cristianos. La relativa tolerancia y los acuerdos del emperador, permitieron el establecimiento de monofisitas sirios y pobladores armenios que agradecieron el gobierno pacífico. Aunque Siria no consiguió frenar las incursiones enemigas, la gran metrópoli de Antioquia y sus alrededores permanecieron leales al *basileus*.

Finalmente, en el mar, los soberanos macedonios habían salido airoso en sus intentos por contener la piratería. La reconquista de Creta (960) y Chipre (965) erradicó los nidos de piratas en el Egeo y el Mediterráneo oriental, convirtiendo Asia Menor en la región más segura y próspera de Bizancio, hasta el punto de impresionar a muchos viajeros y cronistas árabes. Esto provocó un gran interés entre los poderosos para comprar tierras a los campesinos, fenómeno que los emperadores intentaron frenar, generalmente con éxito.

Pero la situación favorable llegó a su fin con la muerte de Basilio II Bulgaróctonos, el 15 de diciembre de 1025. Sus sucesores, aunque macedonios por consanguinidad o matrimonios arreglados, no fueron capaces de impedir la subsiguiente debacle.

9

El estado bizantino a la deriva

En los cerca de cincuenta y cinco años que median entre la muerte de Basilio II y el inicio de la dinastía de los Comnenos (1081-1185), el trono imperial fue objeto de constantes pugnas entre diferentes facciones de la nobleza militar y la aristocracia cortesana. El resultado fue un debilitamiento del poder central y un crecimiento de la autonomía de los grandes propietarios, que consolidaron su poder.

En política exterior, el desastre de Manzikert (1071) significó la pérdida de la meseta anatólica a manos de los turcos selyúcidas. Aunque los esfuerzos de los Comnenos aseguraron las franjas costeras del Asia Menor, la parte central de la península nunca pudo recuperarse. Numerosas tribus de Asia Central se asentaron allí mientras la población griega se refugiaba en la costa del Mar Egeo. El éxodo de fugitivos cristianos fue aprovechado por los basileus para asentarles en calidad de colonos en los Balcanes, donde la caída del reino de Bulgaria había dejado tierras libres, y el accidentado y boscoso terreno no era propicio para el establecimiento de grandes latifundios como en Asia Menor.

Interiormente, esta época marcó el debilitamiento definitivo de los *themata* de *stratiotas* ante la pujante aristocracia. En substitución del campesino-soldado de antaño se extendió la *pronoia*, como un ejemplo de la progresiva feudalización de Bizancio, que sin llegar a ser tan extrema como en Occidente, redujo sensiblemente las fuerzas del Imperio.

El *pronoario* se convertía en el señor de su finca, que se le concedía con campesinos incluidos, los cuales dejaban de tributar al Estado para convertirse en siervos (*pareikos* o *prostasia*) del nuevo señor, quien en algunos casos disponía incluso de inmunidad judicial para aplicar la pena de muerte en su propiedad. La aldea como entidad jurídica y fiscal desapareció ante la competencia del latifundista, que ahora recibía impuestos y no rendas. Así el emperador Romano III Argiro (1028-1034) abolió el impuesto de carácter comunal que gravaba a los más poderosos cuando los insolventes de la aldea no podían hacerse cargo de sus obligaciones tributarias.

Aunque la *pronoia* garantizaba los reclutamientos militares, a la larga resultaría un desastre, puesto que privaba al Estado de todos los recursos de las tierras concedidas. Esto sin mencionar la propensión de las tropas a unirse a los levantiscos señores locales.

En la clase de los campesinos se vivió una nueva división social, basada no tanto en la adscripción o no a los bienes militares de los campesinos libres como en la propiedad de la tierra y de los aperos para la labranza y en especial de los bueyes, como nos indica un registro de 1073.

La gradual desaparición de los *themata* provocó su substitución por ducados, nueva división administrativa mucho más reducida al mando de un duque. Los *themata*

y sus distritos menores, los turmas y los bandas, sobrevivieron como regiones administrativas del ducado, al mando de un pretor o de un juez con facultades civiles, administrativas y fiscales, pero no militares.

El otro gran grupo de latifundistas, la Iglesia Ortodoxa, también creció en poder económico, pero su actividad se vio más limitada por el poder central, deseoso de evitar que ésta acumulara demasiadas tierras sin cultivar. Con este objetivo se estableció la *kharistiké dorea*, una forma de usufructo de parte de las tierras del Estado con posibilidad de transmisión del derecho de padres a hijos durante dos o tres generaciones. Aunque la Iglesia protestó, el Estado favoreció esta práctica, que en 1071 ya se había extendido de las tierras baldías a las productivas.

10

La dinastía de los Comnenos

La subida al poder de Alejo I Comneno (1081-1118) supuso un fortalecimiento de la autoridad imperial frente a los magnates semi-independientes de las provincias, como Teodoro Gabras de Trebizonda o Nicéforo Meliseno de Tracia. Tras ganarse a unos y a otros con títulos o intimidarlos con su ejército, Alejo consiguió emprender su tarea de restaurar la estabilidad del imperio.

Económicamente, el reinado de Alejo estuvo signado por su pésima decisión de abrir el mercado bizantino a los venecianos sin compensación para los comerciantes bizantinos (1082), cosa que les llevaría irremediablemente a la ruina en un muy breve lapso de tiempo. Esto sin mencionar los nefastos efectos de una reforma monetaria que el basileus dispuso para aliviar el erario. Pero en el sector que nos ocupa (el campesinado libre y los *themas*) diremos lo siguiente:

Alejo no sólo no pudo frenar la extensión de la *pronoia* como nueva forma de propiedad agrícola, sino que terminó propiciándola con sus familiares o con algunos personajes poderosos para atraerlos a su lado (así concedió Creta a Nicéforo Diógenes para evitar que conspirara contra él).

Con todo, hizo varios intentos para instalar campesinos libres en las provincias que recuperó en Europa y Asia: así tras su gran victoria de Lebunio (1092) contra los pechenegos, estableció a los supervivientes en los Balcanes como aliados, y en sus últimas campañas contra los turcos trajo con él gran número de prisioneros bizantinos, que se asentaron en Asia Menor.

El alud de refugiados, el crecimiento de las ciudades y el ansia de tierras de los poderosos provocó un aumento de las tierras cultivadas para satisfacer la demanda adicional de alimentos. Pese a las incursiones turcas (como la de 1076) o a las heladas y plagas de langostas de 1032 y 1037, que provocaron hambrunas ocasionales, parece que el imperio se las arregló perfectamente para producir comida suficiente. A finales del siglo XII, Grecia exportaba grano, carne y vino a Italia, mientras que la ganadería

se extendió lo suficiente por los Balcanes y el Egeo como para suplir la pérdida de la llanura anatólica. La tierra, pues, continuó siendo la principal fuente de impuestos e ingresos de Bizancio.

Pese a los progresos logrados, muchas veces promovidos por los propios magnates, quienes eran los únicos con capital suficiente para iniciativas económicas, la situación política fue en extremo inestable. Sólo los emperadores más fuertes como Alejo I, Juan II y Manuel I fueron capaces de solucionar tanto las crisis externas (invasiones turcas, amenaza normanda, rebeliones serbias, etc.) como aquellas que se presentaban fronteras adentro.

El deseo (y la necesidad) de Alejo de ganarse la nobleza y el clero a su causa, motivó que se distribuyeran entre ellos inmunidades fiscales y judiciales, profundizando así el proceso feudal. También repartió Alejo gran cantidad de títulos cortesanos, ejemplo que fue emulado por sus sucesores, lo que acabó socavando el rígido sistema de cargos burocráticos del sistema bizantino medio.

La decadencia de la administración central, otrora eficiente aunque también corrupta, provocó que sus tareas se repartieran también entre los nobles: éstos recibieron arrendamientos para el cobro de impuestos y tasas, agravando así la situación del campesinado por los continuos abusos de aquéllos. Los territorios supervivientes de Asia Menor fueron las regiones más afectadas por dicha política.

Como ya hemos dicho antes, el sistema temático prácticamente había desaparecido, puesto que al asumir la nobleza la carga militar de los antiguos *stratotas* (adoptando ella misma tal denominación) se hacía innecesario legislar en defensa del antiguo sistema. El una vez prestigioso y codiciado cargo de *strategos* prácticamente desapareció en este período.

En cuanto a la Iglesia Ortodoxa, el éxito de Alejo fue más relativo: el emperador tuvo que requisar varias veces bienes eclesiásticos para sufragar sus campañas (lo hizo por primera vez en 1082) lo cual le valió la acusación de "iconoclasta" por algunos príncipes de la Iglesia. Asimismo Alejo alentó la práctica de la *kharistiké* (entrega de bienes de monasterios a administradores laicos), efectuándola él mismo en lugar de los mandatarios religiosos. Es posible que tal práctica pretendiera al mismo tiempo beneficiar a sus partidarios mientras se debilitaba el poder de la Iglesia. Con todo, el partido de la Iglesia y Alejo se acoplaron perfectamente para reprimir los movimientos heréticos bogomilos y paulicianos en los Balcanes, surgidos como una forma de rebelión de los campesinos pobres frente a la gran propiedad laica y eclesiástica.

El sucesor de Alejo, su hijo Juan II Kaloianes (1118-1143), intentó restablecer a los soldados-campesinos con éxito escaso. Tras vencer definitivamente a los pechenegos, estableció a los supervivientes en los Balcanes. Como *stratotas* a unos, en tanto que campesinos sometidos al emperador a otros. Tras la derrota de los serbios, muchos eslavos siguieron también el mismo destino en Bulgaria. Pero ésto no alcanzó para satisfacer las necesidades militares ni para detener el proceso feudal. Evidencia de

ello fue la incapacidad recurrente de los grandes soberanos comnenos por recuperar el interior de Anatolia de manos de los selyúcidas y danishmendíes.

Durante el reinado del nieto de Alejo I, Manuel I Comneno (1143-1180), las tendencias de la centuria anterior se agudizaron: las grandes empresas del emperador (en Italia, Hungría, Anatolia y Siria) requerían de tantos recursos y soldados que la pronioia se extendió aún más, concediéndose también a latinos, lo cual desagradaba profundamente a los pareikos bizantinos.

El incremento del gasto militar perjudicó, como es habitual, a las clases populares, que se vieron obligadas a sufragarlos. Los soldados podían tomar lo que quisieran de los campesinos. Nicetas Choniates nos dice al respecto: “*los habitantes de las provincias sufrieron los perjuicios más graves de la insaciable codicia de los soldados, los cuales no sólo les quitaban el dinero, sino que también les arrebataban hasta la última camisa del cuerpo*”. Las incursiones turcas y el paso de la Segunda Cruzada también se cobraron su precio en ellos.

Manuel, que en el fondo pensaba como un gran aristócrata militar, favoreció la gran propiedad estableciendo mediante un crisóbulo (decreto imperial) que las tierras concedidas en pronioia por él solo podían ser alienadas a nobles con el rango de senador o pertenecientes a los pronoiarios. También se garantizó el patrimonio monacal con garantías e inmunidades.

En las ciudades, la situación no fue mucho mejor debido al aumento de la carga fiscal sobre los ciudadanos. Muchos llegaron al punto de venderse como esclavos para subsistir o pagar sus deudas, aunque el gobierno de Manuel tomó medidas para frenar esta práctica alarmante, decretando que todos los nacidos libres y luego devenidos en esclavizados serían manumitidos. Este estado de cosas anunciaba, como tantos otros indicios, el fin de la estructura del Imperio Bizantino Medio y la entrada irreversible en la fase final de la historia económica del Imperio: la del feudalismo irreversible y la preponderancia total y absoluta de la arrogante aristocracia latifundista.

Roger Corbera Mestres

Julio de 2004

Bibliografía

- **Emilio Cabrera**, *Historia de Bizancio*, Editorial Ariel, Barcelona (España). Año 1988.
- **Georg Ostrogorsky**, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.
- **John Haldon**, *State, Army and Society in Byzantium: approaches to Military, Social and Administrative History, 6th – 12th Centuries* (Collected Studies, N° Cs504). October, 1995. ISBN: 0860784975.
- **Warren Treadgold**, *A History of the Byzantine State and Society*. Stanford University Press, (November 1, 1997). ISBN: 0804726302.